

(ya vimos cómo Alamán entendía la cuestión electoral en la famosa convocatoria del tiempo de Paredes); 4.º, organización de un ejército competente para las necesidades del país; 5.º, nada de Congresos; Santa Anna bien aconsejado, esa será toda la Constitución.» Alamán fué el jefe del gabinete; Lares, Haro y Tamariz, Díez de Bonilla y Tornel, fueron sus compañeros; la flor de la contra-reforma. Alamán no había dicho por escrito á Santa Anna todo su pensamiento, mas el dictador lo conocía y convenía en él; hélo aquí: para conjurar el peligro americano, cada vez más evidente, era necesario establecer en México un protectorado español y la monarquía de un Borbón (era el medio seguro de precipitar el peligro americano). El enviado mexicano, Hidalgo, empezó á dar forma al pensamiento en una serie de conferencias con el jefe del gobierno español; la separación del ministerio de este personaje y la muerte de Alamán lo aplazaron todo, de lo que Santa Anna se alegró.

El gobierno reaccionario, complicado con el de la camarilla exclusivamente militarista de Santa Anna, publicó por todo estatuto una especie de reglamento administrativo muy lacónico y principió su obra. Fuera enemigos: comenzó con el destierro de Arista y siguió con el de todos los hombres de importancia del partido liberal; fuera censores: la ley Lares hizo imposible, no la libertad, sino la existencia de la prensa; fuera obstáculos: repartió los departamentos entre militares, varió la división territorial y constituyó á cada gobernador, á cada prefecto, á cada ayuntamiento, en agente directo del poder central, único elector y distribuidor de funciones, único reconcentrador de fondos; no era aquél un poder central, sino *único* en toda la fuerza de la palabra.

Pero, como siempre, el gobierno, que aumentaba sin cesar el ejército (el cáncer de los gobiernos centralistas), y que en paradas, procesiones y fiestas militares, delirio del dictador, gastaba lo más neto de las rentas públicas, se encontró aculado á la cuestión financiera, el callejón sin salida de todos los gobiernos mexicanos. Haro, que era el ministro de Hacienda, hombre muy probo, muy fanático, muy excéntrico, había espantado á los agiotistas, había emprendido valientes economías y una lucha sin tregua contra los despilfarros del dictador: acabó por proponer un empréstito con hipoteca de todos los bienes del clero; Santa Anna, que no lo toleraba, le hizo entonces renunciar. Con la muerte de Alamán y la separación de Haro, cesa el gobierno del partido reaccionario; muchos reaccionarios quedan en la administración y por odio al federalismo la sirven, pero en segunda línea, á la cola de los militares, que son los dueños de la casa.

El señor Alamán, como la mayor parte de los políticos latinos, era admirablemente práctico en sus censuras al régimen que defestaba, pero exclusivamente teórico y sin sentido profundo de la realidad en la práctica de los negocios. Organizó al partido conservador como un grupo de combate, intransigente con las ideas reformistas y con la influencia norteamericana en México, y arrastró á la Iglesia en pos de sí. La primera obra fué un error capital: combatir sin tregua á los liberales moderados, á quienes debía haber sostenido á todo trance si hubiese conocido de veras á su país; su segunda obra fué una falta inmensa: complicar al clero con el santanismo y la dictadura. Así no lo fortificaba, sino que lo sometía á todos los azares políticos y autorizaba la represalia suprema, la desamortización. Además, dejó por herencia á su partido la esperanza en una intervención extranjera y una monarquía, es decir, la muerte eterna.

La obra de la reacción careció pronto de brújula; la idea del gran político reaccionario de hacer imposible la tiranía del dictador por medio de buenos consejos, era un sueño; el gobierno personal quedó fundado y el tirano recibió del ejército, puesto en acción política, mil títulos, aun el de emperador; Santa Anna se contentó con el de Alteza Serenísima; y todo, el boato y el esplendor desplegado sin cesar, la resurrección de creaciones monárquicas (la orden de Guadalupe) y de toda la indumentaria, reglamentación y aparato de los tiempos de la realeza, acusaba en el dictador la pasión de imitar al segundo Napoleón (Napoleón III), como Iturbide había pretendido parodiar al primero: la corona no estaba lejos; se iba á ella por medio del despotismo más minucioso, del despilfarro más cínico, del favoritismo más descarado, de los besamanos, las orgías y los bailes. Jamás habían lucido los soldados tan costosos y pintorescos uniformes, las iglesias tan tentadores ornamentos, las señoras alhajas tan espléndidas; jamás había estado la República con los pies más atascados en el fango de la miseria, de la ignorancia y del vicio, jamás había lucido un penacho más pomposo.

La vieja oligarquía criolla, que así abdicaba en manos del déspota, se contentaba con cierta seguridad en los caminos, con la esperanza de sacar un buen premio en la lotería del *agio*, con su terror á los reformistas. El que había de formular el pensamiento reformista próximamente, era un empleado que, haciendo abstracción de la situación política, presidía cierto movimiento de ascensión hacia las mejoras materiales: líneas telegráficas realizadas, líneas férreas proyectadas, creación de la estadística, publicaciones útiles: se llamaba Miguel Lerdo de Tejada.

En Marzo del 54, un oscuro jefe militar proclamó en Ayutla, en el departamento de Guerrero, que hacía meses inquietaba al gobierno por la actitud de los generales Álvarez y Moreno y del coronel Comonfort, un plan secundado por estos jefes, que lograron hacerse dueños de Acapulco. El plan se reducía á despojar del gobierno á Santa Anna, á protestar el respeto á las garantías individuales, al ejército y á los comerciantes. Ni una sola



D. Juan Bautista Ceballos

palabra de federalismo ó de reformas; al contrario, parecía dominar en él una tendencia centralista: un general en jefe que, cuando la mayoría del país hubiese aceptado el plan, reuniría una pequeña asamblea de representantes de los departamentos por él nombrados, la que elegiría un presidente interino con facultades omnímodas, y convocaría en plazos perentorios un Congreso encargado de constituir á la nación bajo la forma republicana, representativa y popular; tal era el plan.

El gobierno, de antemano, había ocupado puntos importantes en el Sur, y al tener noticia de la rebelión, lo invadió por diversas partes con mucha actividad; poco después, el presidente mismo fué á dirigir la campaña, que cuenta admirablemente en sus memorias (inéditas) el general Sóstenes Rocha, entonces oficial en el batallón de zapadores; fué un fracaso colosal: las tropas de línea se abrieron paso hasta Acapulco por entre las bandas apenas disciplinadas de Alvarez; en Acapulco no pudieron vencer la noblemente obstinada resistencia del general Comonfort y volvieron á su punto de partida; pero la revolución quedó confinada en el Sur (Guerrero y Michoacán) por mucho tiempo. Mientras Comonfort se eclipsaba, marchando á los Estados Unidos en busca de armamento, de que carecían casi completamente los insurrectos, el dictador se esforzaba en impedir por medio del terror que el incendio cundiera: la ley terrible de conspiradores, que no tenía más sanción que la muerte, fué frecuentemente aplicada: cárceles, destierros y confinamientos siguieron siendo el pan cotidiano; la soberbia, el boato y el derroche eran las únicas reglas de gobierno. Y parecía que jamás podría salirse de aquella situación: la lisonja elevada á un grado insensato, una especie de deificación incesante de Su Alteza, las apoteosis ridículas del héroe de Tampico, que se materializaban en sus fiestas onomásticas á tal grado que las procesiones de su retrato ó en su honor eclipsaban la fiesta popular del *Corpus*, parecían indicar que el hombre providencial, el primero en la guerra y el primero en la paz, como le llamaban los únicos periódicos que compraban su derecho á vivir con la adulación sin límites, se perpetuaría en el poder.

Al mediar el año de 54, Raousset-Boulbon, creyendo que el momento era propicio para realizar su ensueño de conquista y de riqueza, porque se creía que Sonora era una California inexplorada, cien veces más rica que la otra, se puso al frente de un grupo de franceses y alemanes, de antemano recibidos como colonos, y pretendió apoderarse de Guaymas; después de una refriega sangrienta, fué capturado con los que sobrevivieron de sus compañeros; el general Yáñez, que había dirigido con superior entereza la defensa de la ciudad, perdonó á los aventureros, pero se vió obligado á ordenar la ejecución de su jefe, que por su valor, su arrogante prestancia y sus modales caballerescos, conquistó la simpatía y la piedad de todos; murió con la serenidad y la devoción de un paladín. Hombre de imaginación y de energía extraordinarias, quiso hacer de su vida una novela, y lo consiguió; no le faltó ni el epílogo, á un tiempo trágico y heroico.

Santa Anna, con una especie de envidia senil y torpe, mientras el país entero aclamaba á Yáñez, lo sometió á un consejo de guerra por toda recompensa. No toleraba nada, se aislaba; sólo su *camarilla* disfrutaba de sus intimidades y de sus regalos sin fin. Dos íntegros magistrados de la Suprema Corte de Justicia, los señores Ceballos y Castañeda, por haber rehusado la condecoración de Guadalupe fueron destituidos y el primero tomó el camino del destierro, de donde no debía volver. Quedó así destruída la inamovilidad del poder judicial,

única salvaguardia de la independencia de la magistratura, que era la sola barrera posible del despotismo.

La revolución, con la vuelta de Comonfort al país, recobró nuevo brío y empezaron á contrabalancearse las victorias del gobierno, con su epílogo obligado de ejecuciones militares, y las de la revolución, marcadas frecuentemente por los actos generosos de Comonfort. El país comenzó á fijarse en este caudillo: como la revolución se había presentado con un programa análogo al de todos los levantamientos y que nada quería decir para el pueblo sensato; como el ejército revolucionario se componía de guerrilleros acostumbrados á toda especie de desmanes, y como la dictadura amontonaba víctimas sobre víctimas, haciendo nacer por doquiera un anhelo infinito de venganza, que se reflejaba en las publicaciones clandestinas de los revolucionarios ó en las que imprimían en el extranjero, todo el mundo temía que á los horrores de la tiranía siguiese una tentativa de imitación de los años terribles de la revolución francesa, sólo explicables allá, bajo la amenaza de la desaparición de la patria, atacada por la Europa entera. Así es que los esfuerzos, frecuentemente eficaces, de Comonfort por humanizar la guerra civil y por organizar los ejércitos informes de la revolución, fueron vistos con profunda simpatía, que se tradujo, al día siguiente de la victoria, por una popularidad inmensa.

Santa Anna, para hacerse de recursos, hubo de consentir en vender una fracción del territorio nacional, lo que modificaba los límites fijados por el tratado de Guadalupe, haciéndonos perder una porción de terreno (la Mesilla), que de hecho dominaban los americanos, y suprimiendo la obligación contraída por ellos (y que jamás habían cumplido) de impedir las incursiones de las tribus bárbaras en nuestro territorio. Llevar la ostentación del poder hasta negociar una parte del territorio nacional, pareció una monstruosidad sin ejemplo, y era claro que, si en alguna cosa la nación debió haber tomado parte, era en esta cuestión, que no tuvo otro objeto que proporcionar siete millones al Erario, que se tragarón instantáneamente la guerra y el agio. Mas para mostrar que la nación apoyaba su despotismo, inventó el ministerio, imitando lo que Napoleón III había hecho recientemente en Francia, un *plebiscito*, groseramente dispuesto para dar una cantidad de votos aparentes al dictador y la dictadura.

Sin embargo, el hombre estaba inquieto; su viejo instinto de revolucionario le hacía comprender que el levantamiento iba apoderándose de la voluntad de la nación, cansada horriblemente de la lucha y ansiosa de garantías y de paz. El dictador hizo un nuevo viaje al Sur y otro á Michoacán, siempre en medio de ovaciones ruidosas y de procesiones triunfales; pero todos advertían que las cosas quedaban en el mismo estado: la revolución cundía de Michoacán á Jalisco, Colima caía en poder de Comonfort, que había logrado capturar una de las mejores brigadas del ejército y asegurarse la adhesión de su jefe (el general Zuloaga), y Vidaurri se adueñaba de Monterrey y proclamaba la autonomía de una fracción importante de la frontera.

Era preciso hacer algo que pareciese dar satisfacción á un sentimiento general; de aquí vino al dictador la idea de consultar á personas de opiniones conservadoras, aunque alejadas de la política, y de ilustración indudable, sobre la manera de transformar el gobierno personal en un gobierno nacional. El insigne jurisconsulto Couto redactó el dictamen, que condenaba, con razones perentorias, toda tentativa monárquica y que marcaba como objeto principal de la constitución futura la garantía efectiva y práctica de los derechos individuales.